

EL CUENTO Y LA HISTORIA

(ENCICLOPEDIA DEL HOGAR)

Publicación económica, moral é instructiva

Treinta y dos páginas de
amena y variada lectura

DIEZ CENTIMOS



Esta importante Enciclopedia, cuya lectura es *para todos*, pues todos en ella encontrarán enseñanzas y consejos necesarios para la vida en sus diferentes aspectos, puede adquirirse en todas las librerías, kioscos de periódicos, y por medio de nuestros corresponsales de España y América, quienes la entregan á domicilio.

Dedicando *diez céntimos* para *El Cuento y La Historia* se consigue amena lectura durante la semana, y la formación de una buena biblioteca con las obras que se reparten junto con la publicación. Anotamos á continuación algunas de ellas.

Un Corpus de Sangre ó Los Fueros de Cataluña
El Pendón de Santa Eulalia.

Historia de las persecuciones políticas y religiosas en Europa.

Las Escuadras de Cataluña.

Historia Universal *por Cesar Cantú*.

El Siglo de la Anarquía

Historia de las Comunidades de Castilla.

Historia de las Germanías de Valencia.

Historia de los Justiciazgos de Aragón.

Héroes y grandezas de España.

Viaje por Icaria.

Del Claustro al Patíbulo.

Las Maravillas del Mundo.

Obras de Julio Verne.

Obras de Agricultura, Artes y Oficios.

Obras de Religión, Medicina y Filosofía

En los próximos números continuaremos publicando,

Las Escuadras de Cataluña,

Un Corpus de sangre

y Las Persecuciones Políticas y Religiosas

La correspondencia debe dirigirse á Don VALENTÍN ACHA administrador

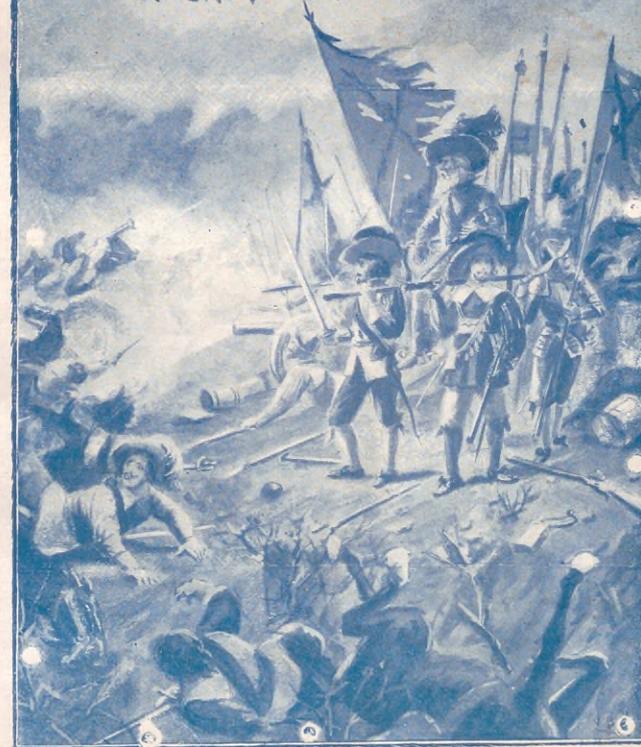
Calle de Córcega, n.º 238. — BARCELONA

EL CUENTO Y LA HISTORIA



ENCICLOPEDIA DEL HOGAR

EL TOQUE DE ORACIÓN
=ROCROY=1643=

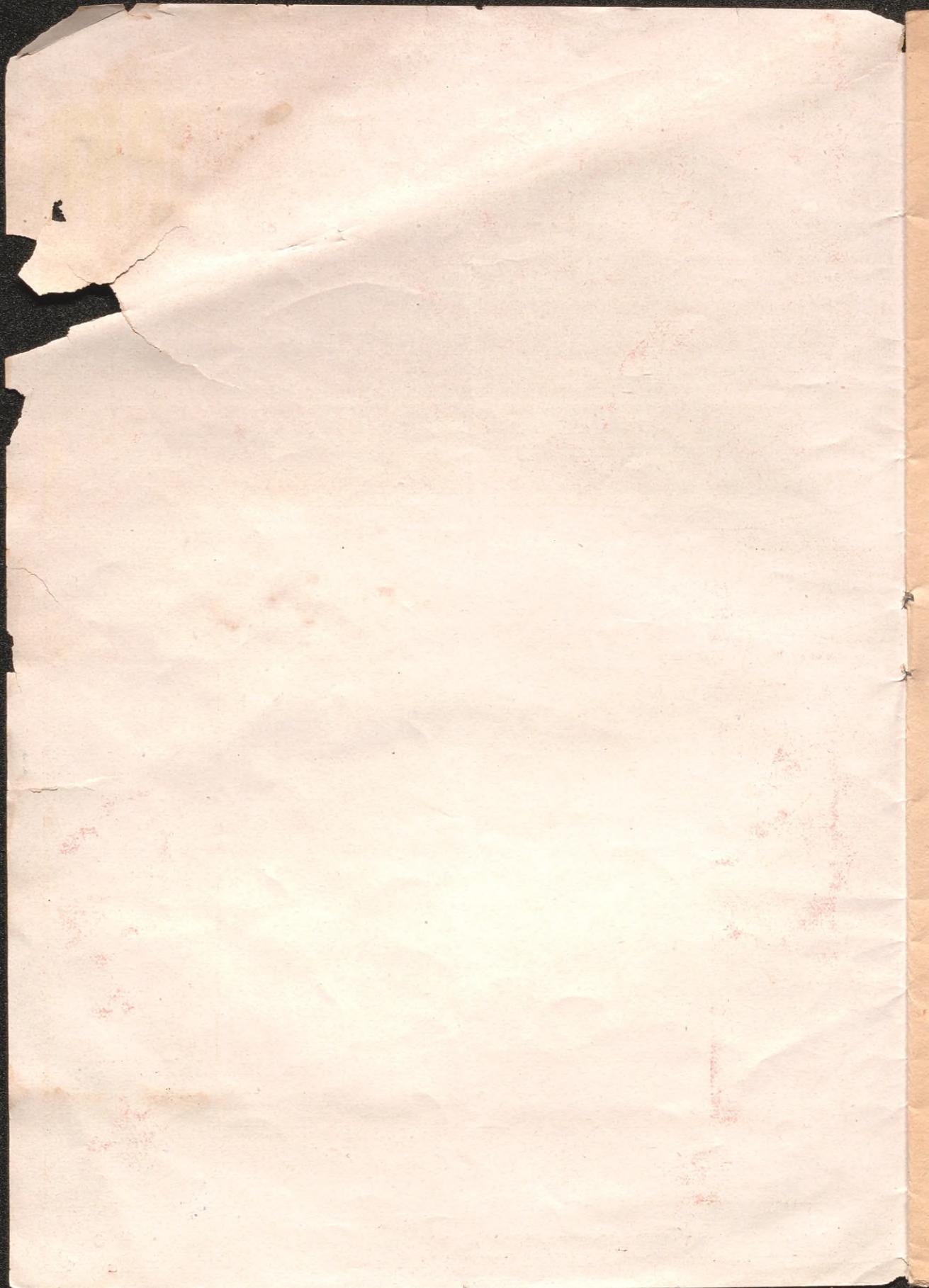


V. ACHA
ADMINISTRADOR

CENTS 10

Córcega, 238-BARCELONA

N.º 3



Martes 2 de Mayo 1907



EL CUENTO Y LA HISTORIA

ENCICLOPEDIA DEL HOGAR

Administración: Córcega, 238
BARCELONA

AÑO I

N.º 3

INDICE

El toque de oración. ¡Rocroy! Aires de la Rioja. (La Ribera) Memorias de un náufrago. (Aventuras maravillosas de Arguin el marino.) II (continuación.) El justicier de Valencia y el Rey en Pere el del punyalet. Últimos días de Numancia. (Continuación.) Cultura popular.

SUPLEMENTO

Un Corpus de sangre ó Los Fueros de Cataluña.

EL TOQUE DE ORACIÓN

¡ROCROY!

Episodio histórico

Estos son españoles; ahora puedo hablar encareciendo estos soldados, y sin temor, pues sufren á pie quedo, con un semblante bien ó mal pagado. Nunca la sombra vil vieron al miedo, y aunque soberbios son, son reportados; todo lo sufren en cualquier asalto, sólo no sufren que les hablen alto.

(Calderón de la Barca, en su drama
(El sitio de Breda.))

Las pretensiones de Felipe IV para renovar su autoridad y mando en los Países Bajos, dieron origen á una lucha sangrienta é incesante, epílogo desgraciadísimo de la guerra religiosa de los treinta años, en la que España tomó partido á favor del emperador Fernando II, que luchaba contra las naciones protestantes.

La Francia, que gobernada por el cardenal de Richelieu, aspiraba á quebrantar el poder de la casa de Austria en sus dos ramas, hizo causa común con los holandeses, y otra vez aquella tierra, mudo testigo de re-

cientos luchas y múltiples hazañas, vuelve á ser tumba de nuestros soldados, cada vez más heroicos, pero no siempre vencedores.

Corría la primavera del año de 1643. Los españoles y sus aliados los imperiales, aprovechándose de la reacción producida en Francia por la muerte de Richelieu, á la que siguió la del rey Luis XIII, á los seis meses de ocurrida la del primero, decidieron con empeño tomar la ofensiva. A este efecto, acumularon sus principales fuerzas en la frontera de Champaña y pusieron sitio á Rocroy,



única plaza que obstruía el camino de París é imposibilitaba en parte sus planes de avance. El ejército sitiador componíase de veinte y seis mil hombres, mandados por el general don Francisco Melo; estas tropas guardaban y dominaban los bosques y lagunas pantanosas inmediatas á la ciudad sitiada.

El ejército enemigo, encargado de levantar el sitio de la plaza y de oponerse á los designios de los españoles, estaba formado por veinte y dos mil soldados, á las órdenes de Luis de Borbón, duque de Enghien, hijo del príncipe de Condé. (1) Por un estrecho desfiladero, que los imperiales no habían tenido la precaución de guarnecer, tuvo la audacia de penetrar el joven duque para desplegar sus tropas en la llanura delante de los nuestros.

El general Melo dispuso su línea de batalla colocando la infantería española en el centro, con la que formó un inespugnable cuadro de ocho mil hombres, cuyo frente de ataque lo cerraba el tercio viejo, llamado también «tercio departamental de Brabante», desde aquel día «tercio de la sangre» y más tarde «Soria el sangriento». En la cara principal del cuadro, cubiertas por nutridas filas de arcabuces y mosquetes, situáronse algunas piezas de artillería. Esta formidable columna, verdadero reducto de carne humana, como la denomina un ilustre historiador, estaba á las órdenes de don Pedro Enríquez, conde de Fuentes, que aquejado en aquellos momentos por un terrible ataque de gota, quiso, no obstante, ser conducido al campo de batalla en una silla de manos, y colocado en medio de sus valientes, animarlos y dirigir personalmente la guerrera operación.

En esta forma dispuestos los com-

(1) Este joven caudillo contaba á la sazón veinte y dos años de edad y ya habíase hecho famoso por su genio militar en anteriores campañas.

batientes, amaneció aquel terrible día 19 de Mayo, día glorioso, pero de sangre y luto para las armas españolas, singularmente para su vieja infantería, cuerpo famoso que durante más de un siglo fué el terror y la admiración de toda la Europa, y que en aquellos supremos instantes tenía que sostener su nombradía. El de Enghien da la orden de ataque, y los batallones franceses avanzan al encuentro, reforzadas sus alas con su mejor caballería. Mientras el mariscal de L'Hopital contenía el ala derecha de los españoles, el duque, con su caballería, arrójase sobre el ala izquierda, oponiendo á la división española otra de la guardia suiza. Generalízase la lucha, truena el cañón por ambos lados, sembrando la muerte; el enemigo es rechazado, repite el ataque con mayor denuedo; cejan los cuerpos aliados; italianos, tudescos y flamencos huyen vergonzosamente y á la desbandada, y el duque, dueño de la situación, corre sobre el ala derecha que acababa de forzar L'Hopital, y la desbarata también, revolviéndose triunfante contra la reserva española. Animado por el éxito, avanza intrépido y lleno de confianza; su valiente guardia se arroja sobre el cuadro y cien descargas siembran el campo de cadáveres, haciendo morder el polvo á los invencibles suizos; reforzados con tropas de fresco repiten, furiosos, varias veces la embestida, y otras tantas son aniquilados. Ante resistencia tan heroica, el de Enghien, admirado y colérico á la vez, bate el cuadro con la metralla de su numerosa artillería. La lucha se reproduce, la carnicería es horrible, pero nada intimida á nuestra valerosa infantería, que ametrallada sin cesar, envuelta entre una nube de jinetes y batiéndose en un círculo de acero, permanece impávida é inmóvil como una columna

de bronce clavada en un suelo de granito. En aquellos sublimes momentos el conde de Fuentes ordena á sus mosqueteros que despejen una de las caras del cuadro, y la metralla de nuestras piezas responde á la del enemigo, causando en sus filas espantoso estrago. El terror paraliza la lucha unos instantes; en la masa española reina un silencio sepulcral, que aprovecha el duque de Enghien para dirigirse á la caballería francesa, que apostrofa llamándola cobarde, y poniéndose á su frente se lanza al ataque en un esfuerzo de suprema desesperación... ¡Vano empeño, estéril sacrificio! la muerte se había encargado de vencer por los franceses; el espectáculo que se ofreció á su vista hizoles inclinar los aceros; los restos de aquella incomparable infantería estaban anegados en un lago de sangre; el conde de Fuentes, acribillado á balazos, había exhalado el último suspiro animando á sus hijos, los bravos *leones de Iberia*, y allí yacía su cadáver, rodeado de sus soldados, caídos á sus pies. El joven duque, conmovido ante tan sublime cuadro, miró al conde de Fuentes, y saludó, emocionado, sus heroicos restos. Un ayudante del príncipe, lleno de asombro, dirige la palabra á un

oficial español, que permanecía en pie, el sombrero en la mano. pero la frente erguida, y le dice:

—¿Cuántos eráis antes del combate?

—*Contad los muertos*,—respondió el español.

Aquel día, ¡19 de Mayo de 1643! uno de los primeros para su gloria, fué el último para la existencia de nuestra vieja infantería, cuyos inmarcesibles laureles han sabido conservar y reproducir posteriormente y en todo lugar, nuestros soldados, que son los de siempre, tal cual los describe nuestro gran poeta Calderón, y dignos sucesores de aquellos bravos *leones de Iberia*.

Como rendido homenaje y perenne tributo de admiración á aquel glorioso hecho de armas, que marca una luctuosa é indeleble fecha en nuestros anales militares y en el corazón de todos los españoles, se instituyó en nuestro ejército el toque llamado de *Oración*; recuerdo, saludo y plegaria á la vez á la memoria de aquellos incomparables soldados, que tantos días de gloria dieron á su patria y llenaron con su fama el mundo entero.

M. HERNANDO

Aires de la Rioja

(LA RIBERA)

Soy del hoyo, soy del hoyo,
del hoyo de la ribera,
donde se fabrica el oro
la azúcar y la canela.

(Cantar pueblera).

Yo tengo la manía evocadora.
Cuando, pluma en mano, hay que llenar cuartillas para hablar de las cosas de mi tierra, echo la memoria

á tiempos pasados y revuelvo entre el arca de los recuerdos los que más sellaron con algo viviente su personalidad en mi alma. Por eso guarda en

ella hace tiempo turno la ribera logroñesa, y hoy que es llegada la hora de expulsar esta pereza mental, allí me dirijo.

*
* *

Es una tarde de mayo, el mes de las flores. La tarde declina, y el sol se despide cantando una elegía á los amores del campo.

Suenan bullidoras las campanas del templo llamando á las hijas del Amor Hermoso; y en la floresta, donde tejen los rosales la corona de la Primavera, canta el ruiseñor su divina melodía.

Las paredes del viejo convento se adornan de lilas y capullos blancos. Y por entre las grietas de los muros milenarios sale la seración de lo muerto.

Esas viejas paredes fueron un tiempo testigo del heroísmo de los logroñeses; paredaño al convento mantiénese en pie la señorial mansión de los Cartañagas, y ambos edificios sintieron retumbar en sus muros los cañones de Daxparrot.

Y volviendo la espalda al extraño edificio, avanzamos ribera adentro.

Ved Cantabria; á la hora de los ensueños plácidos, semeja su crestería un áureo abanico abierto por manos principescas; nunca parecióme más fantástico.

Corre á sus pies el Ebro rumoroso, llevando reflejada en su corriente de aguas cristalinas toda la alegría de este pueblo jacarandoso y bullanguero; pierde en un remanso su poética marcha, porque siempre fué la muerte acechando á la vida, y mientras besan las olas el tapiz de verde alfombra de la campiña, donde surge la vida vegetal á los halagos del sol y del agua, salen del trágico remanso ayes de muerte lanzados por aquellos que abrieron su tumba en la superficie del lago.

Más abajo, las aguas chocan y bullen entre las piedras que rodaron de las cimas, formando extraños acantilados que el embate de la corriente va moldeando con suavidades de artífice.

Y en el huerto oloroso, la moza juncal recoge los frutos, y mientras sus manos acarician la planta, brota de su pecho un hondo suspiro que corre al regato donde está su mozo dando de beber á la madre tierra.

Respira el campo aromas de frescura; por la arboleda, unos novios cruzan de la mano, esquivando la mirada del que pasa; y las fuentes corren al Ebro, y la pureza de sus aguas mézclase con la corriente verdosa del río en el mismo sitio donde los cántabros botaron sus naves en son de esparcimiento náutico.

¿Dónde están aquellos prados cubiertos de hierbecilla que nos servían be mantel silvestre en la alborada de San Juan?

¿Dónde los troncos seculares á cuya sombra hicimos de mañana el clásico chocolate?

¿Dónde los bancos de arena que sirvieron de lecho durante la verbena á los más cansados?

La codicia del hombre, ha ido poco á poco restando á la ribera del río espacio para nuestras francachelas sanjuaneras; y la riada, un año tras otro, se lleva también su parte; y entre unos y otros, solo han dejado espacio al caminante para gozar del paisaje en medio de una embarazosa manigua que el limo de los crecidas convierte en basurero y albergue de bichos.

Después de esto, ¿quién va á la ribera á dar la sanjuanada?

Nadie, porque ya no hay más ribera para los enamorados que el huerto oloroso donde recoge los frutos la moza juncal; la que envía el latido de

su querer al mozo ocupado en ade-
rezar su *cuadro*, para tornar á sus
lares cantando la tonadilla fanfarro-
na de siempre.

*Soy del hoyo, soy del hoyo,
del hoyo de la ribera.*

SABINO RUIZ

LOGROÑO.

Memorias de un náufrago

Aventuras maravillosas de Arguin el marino

II

(Continuación)

—¿Qué dice ese bribón, canalla, gritaba el capitán, y abalanzándose sobre el negro, revólver en mano, le dijo: si hablas una palabra más, eres muerto.

El señor Monti se lanzó sobre el capitán con un valor propio de aquellos españoles que han nacido en Cuba, y le intimó á virar de bordo.— Conozco vuestros intentos: ¡sois un malvado! le dijo.

Yo me dirigí á los marineros y les hice saber que su capitán trataba de perder el buque para aprovecharse del seguro, y que no debían obedecerle.

Impostores, canallas, revoltosos, gritaba con furia el capitán. ¿Quién me ayuda? Camaradas, no olvidéis que soy vuestro capitán. ¿Puedo contar con vosotros?

¡Sí, sí, ¡viva el capitán! responden todos á una.

En este instante detiéndose la goleta, conmovida por un choque tremendo. La quilla acababa de tocar en el banco; los labios de todos enmudecieron y cesaron las actitudes amenazadoras.

Al cabo de algunos segundos la nave tocó otra vez, con un crujir espantoso, y después permaneció sin movimiento. Mandó el capitán bracear las velas para ciar, se arrojó lastre, pero la goleta no se movió.

Nuestra situación era por cierto bien angustiosa, no teníamos costa á la vista y si unos bajíos que se extendían en todas direcciones.

El viento arreció, embravecióse el mar de repente, y las olas furiosas empezaban á estrellarse contra la goleta, que no tardaría en hacerse pedazos.

La tripulación preparaba las lanchas salvavidas, y entretanto el oleaje empezaba á dejar sentir sus destructores efectos en la nave. Como si el capitán tuviese medido el tiempo, tan luego las lanchas estuvieron preparadas, abrióse la goleta, y las olas penetraron por todas partes.

A toda prisa nos lanzamos á las lanchas todos, menos el señor Monti, que después de haberme encargado á su hija, bajó al camarote á recoger unos papeles importantes, que según dijo era indispensable poner á salvo.

Cuando volvió á subir, una ola, entrando por la popa del barco, arrebató al desventurado padre. Enriqueta, que presencié escena tan horrorosa, cayó desmayada en mis brazos; el capitán mandó picar el cable y dirigir la lancha á un islote que teníamos delante. «No hay que pensar en salvarle, dijo, harto tendremos nosotros que hacer para salvar nuestras vidas».

Remaban los marinos con ahinco, y por fin alcanzamos el peñasco, pero no pudimos evitar que nuestra em-

barcación se hiciese astillas al abor-
dar en las rocas.

Era la obscuridad tan profunda,
que nadie se atrevió á explorar la
desnuda y estéril roca que nos servía
de albergue.

Al cabo de una hora que estába-
mos en el islote, el negro Salomón
nos anunció que había oído gritos de
hombre y que creía que el señor
Monti no había perecido. Me condu-
jo á la punta de la roca y después de
llamar á grandes voces, respondió
una voz que al instante conocí.

El señor Monti se había salvado,
sostenido por los trozos del buque y
había alcanzado la playa. Nos dijo
que estábamos separados por un pe-
queño golfo y que iba á dar la vuelta
para incorporarse con nosotros.

Yo le disuadí de su empresa, cuya
ejecución dificultaba la obscuridad
de la noche. Convinimos en avisar á
Enriqueta y esperar el mediodía.

No bien hubo amanecido, cuando
nos dirigimos al lugar, desde donde
podíamos apreciar la situación del
padre de Enriqueta.

Nuestro desgraciado amigo se en-
contraba al otro lado de lo que pare-
cía un golfo de quinientos pies de
ancho.

Nos hablaba, pero su voz no llega-
ba á nosotros, porque el viento había
cambiado.

Al cabo de media hora, el negro
Salomón nos hizo saber que lo que
creíamos un golfo era un canal ó
brazo de mar entre dos islas separa-
das, por cuya razón las tentativas de
auxilio al señor Monti eran infruc-
tuosas. Preguntamos al capitán cual
fuese el medio mejor de socorrer á
nuestro amigo, á lo que contestó que
él por su parte no conocía ninguno,
«que atravesase el canal si puede» di-
jo aquella fiera en figura de hombre.

Después de un rato, apareció el
náufrago en lo alto de la roca, y nos

explicó por señas el peligro en que
se encontraba; el canal era una co-
rriente rápida que cambiaba con el
fujó y reflujo, y cuya violencia era
tal, que el mejor nadador no podía
atravesarlo.

La distancia que separaba aquel
padre de su hija querida, era poca, y
sin embargo no era posible salvarle,
y la situación se agrava por momen-
tos, pues á causa del gran número
de tiburones que pueblan el canal no
podemos intentar siquiera hacer que
lleguen á él algunas provisiones

O perecer de hambre, ó aventurar-
se á pasar el canal, no queda á nues-
tro amigo otro remedio; así lo ha
comprendido aquel valiente, puesto
que observamos que está reuniendo
pedazos de mástiles que la mar arro-
ja á la orilla de la roca en que se
encuentra; con la camisa y pañuelo
ha formado cuerdas y construye una
tosca almadía; nosotros le animamos
por medio de señales. Contando con
que la corriente lo llevará á la punta
superior de la isla opuesta, se ha lan-
zado con su improvisado salvavidas
hacia el canal.

Toda la tripulación de la goleta,
reunida en lo alto de la roca, observa
con atención aquellas interesantes
maniobras. Enriqueta, de rodillas,
reza en silencio y llora á la vez; de
momento la corriente embistió la
frágil almadía y como una saeta la
arrebató mar adentro.

Todos esperábamos al atrevido na-
vegante, colocados sobre las rocas,
con cuerdas para arrojárselas cuando
se pusiera á nuestro alcance, pero
¡ah! que la corriente lo arrebató con
espantosa rapidez; luchando como un
valiente, logra al fin colocarse á unos
quince ó veinte pies de nosotros; un
marino le arroja la cuerda, pero al
hacerlo pierde el equilibrio y cae al
mar, en donde, á nuestra presencia,
un tiburón se lo come en pocos mo-

mentos: ¡escena horrible que no olvidaré jamás!

Nuestro amigo, en tanto, arrebatado por una fuerza irresistible se alejó abandonado y sin defensa á merced del Océano. Enriqueta no pudo resistir la presencia de escenas tan lastimosas, y cayó exánime á nuestros pies.

Su padre se alejaba cada vez más y levantaba los brazos hacia nosotros en ademán de recomendarnos su idolatrada hija. Después de dos horas amainó el viento y pudimos dar cabida á la esperanza de que el señor Monti no quedaría sepultado en las aguas, mientras tuviera fuerzas para sostenerse en la almadia. Largo tiempo le seguimos con la vista, confiando siempre en Dios y no creyendo en la pérdida de tan caballeroso amigo. Poco á poco fué desapareciendo á lo lejos...

¡Llegó la noche y aún mirábamos en lontananza la lucha que nuestro amigo sostenía con los elementos!

¡Qué noche, Dios mío! Durante toda ella anduve errante por las rocas.

Ni el capitán Burder ni los marineros parecían dispuestos á entregarse al descanso, y por sus disputas comprendí que aquellos malvados se habían prendido en sus propias redes, pues el naufragio de la goleta había sido más completo que lo que ellos deseaban.

Al día siguiente escudriñé con la vista todos los puntos del horizonte y nada descubrí. Sin duda que el señor Monti había perecido...

¡Pobre Enriqueta!

Todo el día la tripulación se ocupó en reparar la lancha con los trozos de la goleta que la mar había arrojado á la costa; después de recompuesta, me dijo el capitán, que el teniente y los marineros irían á pedir auxilio, que él se quedaría con nosotros, para probarnos, añadió con aire irónico,

que no tenían el intento de abandonarnos.

En mi imaginación apareció la escena en que las canoas abandonaron nuestra almadia en el naufragio de la *Medusa*. ¿Qué sería de nosotros abandonados en aquella roca solitaria?

Los marineros diéronse á la vela por la tarde, pero el negro Salomón que debía partir con los demás, se quedó en tierra.

Este honrado africano desapareció entre las rocas, pero antes de esconderse pasó por mi lado, y con aire misterioso, me dijo:

¡Cuidado con Enriqueta!

Me pregunté á mí mismo, por qué el capitán no dirigía la expedición en busca de auxilio; le creía un malvado capaz de todos los delitos. Hacía dos días que andaba ya estudiando aquella horrible fisonomía y creía leer en aquellos ojos intentos siniestros; recordaba haberlos visto brillar de alegría cuando el señor Monti desapareció entre las olas. Yo presumé que el capitán procuraba quitar de enmedio á los testigos acusadores de sus maldades, y que aquellos testigos éramos nosotros. Determiné, pues, vigilarle de cerca. La desgraciada Enriqueta se hallaba moribunda en el hueco de una roca, en donde yo la había colocado.

Reparé que el capitán me seguía los pasos, pero como advirtió que yo lo había notado, se alejó un poco y yo aproveché esta circunstancia para ocultarme al pie de una roca, cuya sombra me cubría por completo; desde allí vigilaría todos los movimientos de mi enemigo.

Mi situación no era del todo agradable, aunque tenía un amigo oculto entre las rocas no era fácil que se atreviera á habérselas con su amor por socorrerme á mí; yo estaba desarmado al paso que el capitán lleva-

ba en el cinto un par de pistolas y un puñal; si me rendía al sueño, no había remedio, Enriqueta y yo éramos difuntos. Pasaron las horas; las estrellas iban desapareciendo unas tras otras en el firmamento; el estruendo de las olas solamente turbaba el silencio de la noche, yo velaba, pero á mi lado también velaba el crimen.

El frío entumecía mis miembros y se apoderaba de mí un sueño irresistible; de momento percibo un rumor, veo una figura humana salir lentamente de entre las rocas, era el capitán Burder. Adelantábase con cautela y se detenía á cada paso; sin duda me buscaba, pero como no me vió, dirigióse á la guarida donde se encontraba Enriqueta. Seguí sus pasos, convencido de que embistiéndole yo primero no haría más que defenderme; ya iba á alcanzarle cuando apareció Salomón á mi lado. ¡Ahora es el momento! dijo, y se adelantó hacia el capitán que ya se encontraba á la entrada de la cueva. Al ver al negro que se dirigía hacia él echa mano á una pistola, dispara, y el desdichado Salomón cayó á sus pies.

¡Socorro, ayudad! exclama: Salvad á la señorita Enriqueta.

Precipitarme sobre el asesino, desviar otra pistola que me apuntaba al pecho y que se le cayó de la mano, derribarle, todo esto me costó menos tiempo que el empleado en referirlo; levantóse otra vez y me hirió en la espalda con un puñal; iba á descargar otro golpe, pero no le dí tiempo para tanto; lo cogí por el cuerpo y afiancé sus brazos con los míos.

Estaba rabioso como una fiera, bramaba como un toro, y abrumado por una fuerza superior á la suya, se esforzaba en despedazarme con los dientes; luchando caímos sobre las rocas, siempre abrazados y procurando cada cual dominar al contrario: era una lucha á muerte.

Las fuerzas empezaban á faltarme; la sangre de mi herida me había debilitado bastante y sentía que mis músculos iban á ceder á los esfuerzos de mi enemigo; una de sus manos me apretaba la garganta y me ahogaba... En este instante veo pasar un brazo negro ante mis ojos. El capitán, acometido por Salomón, me soltó; por fin logramos amarrarlo, quedó tendido en el suelo, rugiendo de rabia, pero impotente para el mal.

—¿Estáis herido Salomón?—No es gran cosa,—me contestó el negro; tengo afortunadamente la cabeza muy dura; la bala de este asesino, dijo, dando un puntapié al capitán, no ha hecho más que rascarme el cráneo... pero ¡silencio! oigo gritos, me parece que allá bajo llaman á la señorita Enriqueta.

Corrimos al punto á la playa, y en efecto; allí oímos la voz de mi amigo que llamaba á su hija; al fin encontramos, siguiendo el eco de la voz, al señor Monti.

El desdichado había sido recogido por un buque que por casualidad pasaba por aquellas aguas, el cual también encontró á la lancha donde iban el teniente y la tripulación de la goleta.

Este buque era de la matrícula de Bilbao (España) y se llamaba *Vizcaya*.

En la bodega del mismo fué colocado el capitán Burder, y todos conducidos al Havre, en donde las autoridades de marina se hicieron cargo de toda la tripulación de la goleta.

Algún tiempo después, las cajas y toneles de ceniza que se recogieron entre las rocas, probaron el delito, y se les formó causa, condenándoles á presidio, en donde murió á manos de un soldado, al intentar evadirse.

Nos encontramos en la Habana, Enriqueta es mi esposa idolatrada, y

mientras escribo estas memorias me sonríe cariñosa.

El señor Monti, testigo de la dicha de su hija, bendice la memoria de

los peligros que corrió, y Salomón ríe como un loco al recordar la lucha con el capitán, en las rocas de Bahama.

EL JUSTIGIER DE VALENCIA

EL REY EN PERE EL DEL PUNYALET

Malaja qui sen irá
Encara ni encara

Valencia había celebrado en la soledad de los templos las fiestas de Navidad.

En frente de la puerta de la Catedral aparecieron en la mañana del día 21 de Diciembre, guardados por una compañía de arqueros y los ministriles del verdugo, unos aparatos dispuestos para ejecutar á doce valientes defensores de los fueros valencianos.

Una argolla clavada en un ángulo de un banco de piedra, y á ella añadida una cuerda para amarrar á los reos; una pira no muy alta de leña, encima unas trébedes y sobre éstas una inmensa caldera, dentro de la cual, por orden del rey, ha de derretirse la célebre *Campana de la unión*, y una horca provisional, eran los fúnebres artefactos que el buen pueblo de Valencia se veía obligado á soportar, gracias al cariño paternal del Señor Rey *En Pedro IV de Aragón*.

El monarca acompañado del obispo Fenollet asiste á las ejecuciones.

La sentencia leída por el pregoneiro, termina con las siguientes palabras:

—*Por ende se condena á los predichos reos á beber, para morir, el líquido hirviendo de la campana fundida. Dios tenga piedad de sus almas.*

Después de esto, el verdugo con una tranquilidad que horrorizaba, derramaba aquel líquido en ebullición dentro de la boca de los reos.

Por ambos lados de las fauces abrasadas, veíase enrojecer la carne y arder, formando espantosos surcos de sangre y carne viva.

Rezábase un *De profundis*, abandonaba el pueblo la plaza, los hermanos Beguines (1) encargábanse de colocar los restos de los ajusticiados en las encrucijadas de los caminos, y los amantes de la libertad foral disponíanse de nuevo á vengar agravios y á castigar contrafueros.

Al día siguiente de haber tenido lugar las bárbaras ejecuciones que acabamos de narrar, el rey preguntó al valiente escudero Boil si había venido el justicier de Valencia.

Espera vuestras órdenes, señor, contestó el fiel servidor.

Momentos después, el noble magistrado vestido con la gramalla y precedido de dos heraldos presentóse en la puerta de la regia estancia.

Sea bien venido el honorable justicier de Valencia, dijo el rey. ¿Está tranquila la ciudad? Acata y aplaude mi justicia? No, poderoso señor; Va-

(1) Frailes enargados de la asistencia de los reos.

lencia está sujeta á la ley del vencedor.

Habéis respetado sus fueros y por eso calla, pero si tanto le hacéis sufrir, si otra vez la libertad es atropellada, los gritos de *¡viva ferro! ¡viva*

la unión! ¡vivan los fueros! que vos consideraréis sediciosos, atronarán las calles de la ciudad y llegarán hasta los bosques de la Albufera, en donde acampan los almogábares. Ni el bronco derritado ni la horca, detendrán á los guerreros. Señor, aceptad el lenguaje de la verdad.

—Escucha plebeyo...

—Ciudadano, señor...

—Fuego de Dios... que raza tan altanera. Escucha pues Ciudadano. El pueblo de Valencia ha creído que el rey don Pedro IV es un tigre, y no está en lo cierto: soy padre y soy hombre y no lo dudeis señor justicier, cada muerte agita mi espíritu y conmueve mi alma, pero soy rey, y rey de Aragón antes que padre y que hombre.

—¡Ah! maldita condición la de los reyes.

Decid al pueblo valenciano que apreció su independencia y su valor, pero que el rey de Aragón no admite imposiciones de sus vasallos.

Decidle también que mi hija la alta y poderosa señora doña Constanza es digna de gobernar mis estados sobre los que tengo absoluto y completo dominio porque es necesario que sepan catalanes, valencianos y aragoneses que don Pedro IV vela por su pueblo, pero vela también por su corona.

—Señor justicier, yo soy el señor de este reino y mi voluntad es la ley...

Señor rey... la ley está sobre vuestra alteza.



.. Estas razas, señor,
honran la corona de Aragón.

Detened la lengua, ira de Dios, dijo don Pedro sacando el puñal de la vaina.

El magistrado al ver este ademán contestó de esta manera: *¡Tened á bien respetar al primer magistrado de Valencia!* y cubriéndose con la gramalla continuó: *No habla el vasallo, habla el Justicier!* si el Justicier faltó, júzguele quien debe; sin embargo, herid si os atrevéis esta insignia, que acataron los señores reyes desde el glorioso En Jaime I. Herid: pero si os ofende el vasallo, permitid que arroje la gramalla á vuestros pies y matad al pobre plebeyo.

Siempre orgullosos! ¡Pueblo de hierro!—dijo el rey arrojando el puñal sobre la mesa.

—Raza aragonesa y raza catalana, digna de ser mandada por sus reyes soldados. Esas razas, señor, honran la corona de Aragón.

Tenéis que pedir alguna gracia al rey?

—El Justicier no, el vasallo, sí.

—Hable el vasallo.

En nombre de tantas madres desconsoladas, de tantos huérfanos desvalidos, os ruego poderoso señor que cese vuestra indignación. Perdonad ya, señor, perdonad ya. Durante los días más grandes para el cristiano, Valencia ha vestido de luto, cese ya vuestro rigor.

Perdonaremos cuando se haya cumplido la justicia: el rey no debe dejar pasar impune el delito sin manchar la corona que ciñe.

No es delito el defender los fueros que vos juraistéis también defender.

¡Por San Jorge! acabad.... ¿El Justicier y el vasallo tienen que exponer alguna otra cosa?

—Nada más señor; el Justicier y el vasallo han cumplido con su deber, viniendo á pedir gracia para el noble pueblo valenciano.

Podéis retiraros, y el cielo os guarde, dijo el rey.

Apenas el Justicier abandonó la cámara regia, penetró en ella el caballero Boil, primer escudero del rey, quien sostuvo con el monarca el siguiente diálogo:

Brava raza esta raza de Valencia. Conserva su origen, señor: acaso no esté lejano el día en que necesitéis de su indómito valor. Como ha cumplido con sus fueros cumplirá con su rey.

—Boil, pronto lo veremos y tú los llevarás al combate.

Pedro de Castilla prepara sus mesnadas para acometer nuestros reinos, y según mis noticias, entrará á saco en el de Valencia; quedas nombrado caudillo de los tercios del reino: el rey de Aragón así lo exige, lo manda y lo desea.

Cumpliré con mi rey y con mi patria, contestó el «Caballero sin par». (2)

Algunos momentos después, el escudero convertido en magnate salió del palacio dirigiéndose al convento de predicadores, en cuyo edificio estaban construyendo una suntuosa capilla que destinaba para panteón suyo y de su familia. (1)

En esta capilla fué donde Pedro de Jérica, celebró varias conferencias secretas con Boil, para lograr que la justicia del señor rey En Pedro IV cesára de aterrar al noble pueblo valenciano y salvar la vida del valiente jefe de las fuerzas populares.

¡Vano empeño! La plaza de la Seo fué otra vez teatro de nuevas ejecuciones, y el barbero Marsal, jefe de la plebe que defendió desde la torre de la Unión la *Senyera* valenciana,

(1) Título que la plebe concedió al escudero Boil.

(2) Esta capilla así como la iglesia ha sido habitada para el servicio del cuerpo de artillería y el convento para Capitanía general.

A don Vicente Boix, cronista de Valencia, se debe la conservación de los dos magníficos sepulcros que contenían los restos de Pedro Boil, de su esposa y de un hijo.

moría como un valiente á presencia del pueblo, que al ver pendiente de la horca á su caudillo, gritó horrorizado: ¡Júzgete Dios, Pedro el Cruell

Cuentan las crónicas que en el momento de ser ejecutado Marsal, el rey cantó en voz baja y golpeando mano con mano, un estribillo muy

en boga en aquel tiempo entre los plebeyos cuando pretendían zaherir al rey:

*Mal haja qui sen irá
Encara, ni encara. (2)*

(1) Mal haya quien marchará
Ahora ni nunca.

Ultimos días de Numancia

(Continuación)

de no mucha elevación, eran sólidas en su interior, había algibes para recoger el agua pluvial, silos donde depositar los granos, hornos, leñeras, establos, y cuadras que servían de dormitorios á los numantinos que en caso de apuro buscaban refugio en aquella fortificación llevando á ella sus riquezas.

Carecía Numancia de templos en donde la arquitectura luciese sus esplendores, y de viviendas lujosas, más no por ello debe calificársele de pueblo miserable, pues sabido es que el pauperismo suele ser mayor en las ciudades en donde abundan los palacios, que en los pueblos formados por chozas. Las calles son angostas, interrumpidas por plazoletas de no mucha superficie, las paredes de las casas de tapial, ladrillo crudo ó piedra seca, sujeta en algunos puntos con argamasa, y los techos muy inclinados para favorecer la caída de las aguas é impedir que en ellos se amontone la nieve, son de ramaje y adoves, cortados de los prados; por eso algunas viviendas parecen estar cubiertas de hierba.

En las inmediaciones de la ciudadela hay un espacio libre bastante extenso, que también sirve de mercado, y allí también se reúnen los pas-

tores para la venta de sus ganados. Las casas inmediatas á la ciudadela no suelen ser de mejor aspecto que las demás, aunque sí más grandes y en ellas moran los numantinos más ricos, los que también ejercen la escasa autoridad, que un pueblo pastor que lo sacrifica todo por la independencia y la familia permite que se tenga sobre él.

Estamos en una noche del mes de Julio del año 183 antes de Jesucristo; por la abierta ventana de una casa situada frente á la puerta principal de la ciudadela, se escapa la luz que produce el arder de una tea resinosa á la que sirve de sostén un hierro anillado que hay junto al hogar en donde cubiertos por blanquecinas cenizas se conservan las ascuas que han de servir para producir el fuego al siguiente día; apartado del hogar, y sobre una tarima se ven tendidas varias pieles de carnero que sirven de lecho al dueño de aquella vivienda. Era éste uno de los hombres que mayor prestigio tenía en Numancia; aún joven, pues sólo frisaba en los cuarenta, alto, bien proporcionado de miembros y recia musculatura, su frente ancha y alta y el vivo mirar de sus ojos negros denotaban inteligencia. Era prudente y atinado en

sus juicios, jamás retrocedió ante los peligros, y á su fuerza extraordinaria reunía una drestreza mucho mayor en el manejo de las armas; llamábase Arathon. Aquella noche parecía estar inquieto y desasosegado; con frecuencia se alzaba del lecho donde se tendió vestido y poníase á pasear por la cocina, que como pieza principal de la casa era la mayor de todas. En el semblante de Arathon veíase reflejada la impaciencia del que aguarda y teme que no llegue la persona á quien espera; á poco de estarse paseando por la cocina, se abrió la puerta que de las habitaciones interiores daba paso á ella, penetrando una joven de seductor aspecto, de cutis tostado por el sol y el aire de los campos, nariz bien perfilada, boca pequeña, de labios rojos que, al entreabrirse dejaban ver dos hileras de dientes como el nacar labrado, ojos negros, abundante cabellera, formas en las que la elegancia femenil estaba unida á la robustez de la matrona celtibera; era hija de Arathon y contaba diez y seis años. Su padre después de besarla con dulzura en la frente le pregunta:

—¿Por qué has abandonado el lecho?

—Porque no puedo conciliar el sueño y me parece que á tí te sucede lo mismo.

Los ojos del numantino se fijaron en su hija como si quisiese adivinar sus pensamientos más ocultos.

—Truja—le dijo—hace algún tiempo que me parece has perdido la tranquilidad... Desde el día que estuvo aquí Leucon con su hijo he observado en tí un cambio muy completo y me duele en el alma me ocultes lo que yo creo haber adivinado.

Las mejillas de la joven se colorearon con el vivo tinte de la sangre y sus ojos se fijaron en el suelo. Aquella turbación denunciaba lo que

sus labios no se atrevían á pronunciar.

—¿Amas? No te lo censuro; pero aun eres muy joven para contraer matrimonio. Además, ¿sabes si el joven Leucon corresponde á tu cariño?

Por toda contestación la joven hizo con la cabeza un ademán afirmativo.

—Entonces ya me explico pases la noche en vela.—Añadió Arathon sonriéndose con bondad.—Sabes, espero á Leucon y creyendo que con él llegará su hijo no has podido conciliar el sueño; pero temo no logres tu deseo. La noche avanza, pronto el canto de los gallos anunciará la proximidad de la aurora, y ya hace tres horas que debieran estar aquí y no han venido.

Truja seguía turbada. Viendo descubierta su secreto no acertaba á pronunciar una frase para disculpar su silenciosa reserva. Arathon volvió á sumirse en sus meditaciones. A poco, los ladridos de los perros, anunciaban que alguien transitaba por las calles.

—Son ellos—dijo el numantino, saliendo de sus meditaciones—vendrán cansados y con hambre. Truja, prepara un buen cantarico de *celia* (1) y provisiones.

La joven obedeció, colocando sobre una tosca mesa de madera, casi sin pulir, un pan grande de centeno, carne curada al humo, queso seco de ovejas, bellotas, castañas y nueces. Hecho esto, comprendiendo la joven que debía retirarse, así lo hizo, antes que se lo mandaran.

Arathon había dejado sin cerrar la puerta de la calle, y á poco de retirarse Truja, penetró en la cocina su hijo mayor Aluro, joven de diez y ocho años, seguido de Leucon; era éste hombre que ya frisaba en los

(1) Bebida alcohólica, que hacían con cebada fermentada.

cincuenta años, un verdadero atleta, por su talla y su musculatura; su barba casi blanca denotaba una vejez prematura y en su frente y mejilla izquierda se veían las cicatrices de las heridas que recibió en más de un combate.

Después de saludarse, abrazándose con efusión, el numantino ofreció á su huésped un jarro de *celia*, diciéndole:

—Calma tu sed y descansa, pues como la jornada es larga debes venir fatigado.

—No mucho, pues la hemos hecho á caballo, además nos conviene no perder el tiempo.

—¿Tan cercano está el peligro?

—Más de lo que puedes suponerte.

Sentáronse los tres á la mesa, sobre taburetes, recubiertos con pieles de carnero, para darles alguna blandura, y después de apagar su sed con un buen trago de *celia*, Leucon dijo:

—Sabes que no hace mucho tiempo el cónsul Graco derrotó en las faldas del Moncayo y desbarató la liga que formaban los Turmayos, (1), los Berones, (2), los Pelendones (3), los Arevacos (4) y otros pueblos, que defendían su independencia, no queriendo transigir con el yugo que los romanos nos imponían. Desde entonces las exigencias de los vencedores han sido cada vez más grandes, obligando á los vencidos, para tenerles más sujetos, á no fortificar sus pueblos. Segeda que es el mío, y Numancia que es el tuyo, quedaron libres de esta nueva humillación.

—Para mayor vergüenza nuestra, le interrumpió el numantino con energía. Si entonces Segeda y Numancia, cumpliendo como buenos, hubiéramos auxiliado á nuestros her-

manos, Roma no dominaría en el corazón de Iberia, pero nos cruzamos de brazos y vimos con indiferencia como nuestros hermanos perdían la vida ó la libertad bajo el filo de la espada de Roma.

—El cónsul Graco respetaba nuestros derechos—objetó Leucon.

—Esa disculpa solo es buena para los egoistas. Por qué los respetaba? Porque le convenía restar fuerzas á sus enemigos, que son, repito, nuestros hermanos, para irnos dominando uno tras otro. ¿Qué sucedió después? Vosotros quisisteis aumentar las fortificaciones de Segeda, y á pesar del pacto que tenías concertado con Roma, se opuso á ello el cónsul Quinto Fulvio Nobilión.

—Pero le vencimos en lucha campal, y logramos nuestro objeto—replicó Leucon.

—Así fué—dijo Arathon, sonriendo con amargura.—Miramos con desprecio á los demás pueblos porque nos creemos fuertes, y al no admitir su ayuda les negamos la nuestra. Pero la victoria de tu pueblo, en mi concepto, ha de ser muy pasajera. ¿Cuándo has visto que los romanos cumplan sus pactos?

—Es verdad. ¡Nunca! Nos llaman bárbaros porque rechazamos sus costumbres, porque no edificamos templos suntuosos como los suyos. Juran por Júpiter cumplir lo pactado, y reniegan de sus juramentos tan pronto como tienen ocasión para ello.

—Amigo Leucon, el mal que aqueja á todos los pueblos de nuestra raza es muy antiguo, y lo peor es que no veo el remedio; refinimos por un puñado de tierra, y nuestras luchas intestinas hábilmente provocadas por Roma, nos entregan á nuestros enemigos, atados de pies y manos. Pero basta de lamentaciones que ningún remedio nos proporcionan y vamos á lo que importa. Hace pocos días, uno

(1) Establecidos en Burgos y Briviesca.

(2) La Rioja alta, hasta la cuenca del río Iregua.

(3) Grávalos y toda la Rioja baja.

(4) Los Cameros, hasta Soria.

de los prisioneros vascos que los romanos tenían en su poder, logró escaparse; estenuado por la fatiga y por el hambre, le hallé tendido á la orilla del Duero; con mucho trabajo logré reanimarle, y al recuperar algunas fuerzas, me refirió que Quinto Fulvio Nobilión, después de reforzar su ejército con las legiones que acababan de vencer á los ilergetes, pensaba tomar venganza de la grave derrota que los segedenses le causaron; que además entraba en su plan no permitir que ningún pueblo tuviera murallas, ni gozara del menor privilegio. Por esta causa te mandé recado con mi hijo para que nos pusiésemos de acuerdo.

—Y aquí me tienes, como siempre, á defender nuestro hogar é independencia.

—¿De cuánta gente pueden disponer los de Segeda?

—De unos tres mil hombres.

—De la misma que Numancia.—Arathon quedóse meditabundo y después de unos instantes añadió:—Seis mil hombres parapetados en nuestras

sierras son un contingente respetable, capaz de impedir la marcha de un ejército por poderoso que sea; pero esto no es suficiente, no podemos vivir en perpétua lucha; para escarmentar á los romanos y que nos dejen en paz, cuando menos durante algún tiempo, necesitamos causarles una derrota mayor que la que Segeda les causó, y ésta no es posible lograrla, á menos que vuelvan á meterse por nuestros desfiladeros, cosa que no harán sin tomar antes precauciones, después del último descalabro que les causaistéis.

Iba Leucon á replicar, pero en aquel instante se oyeron en las puertas de Numancia los prolongados sonos de las bocinas, instrumentos hechos con cuernos de toro, que á modo de cornetas usaban los celtíberos, y Arathon llevándose la suya á los labios dejó oír tres sonidos fuertes y muy prolongados, y después gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Alerta, Numantinos, alerta!

(Continuará.)

Cultura Popular

(Continuación)

Al *Trivium* y al *Quadrivium* añadían la teología, el derecho canónico, el derecho civil y la medicina, con las cuales creían quedaba completa la enseñanza.

El antiguo poema español de *Alejandro el Grande* cuenta que su héroe aprendía ya á leer á la edad de siete años, y que en seguida se dedicó al *Trivium* y al *Quadrivium* ó á las siete artes liberales, no pasando día sin estudiar la correspondiente lección, y sin ejercitarse en alguna disputa escolástica, método de enseñanza que se seguía en las escuelas públicas en el siglo XII tal como las describe Heeren.

El citado poema de Alejandro dice:

*El padre de siete años metiólo á leer,
Diólo á maestros ornados de seso é de saber,
Los mayores que pudo en Grecia escoger,
Que lo soppiesen en las siete artes emponer,
Aprendía de la siete cada día lecion,
De todas cada día facia disputacion.*

Porqué los Grandes de España y á su imitación otros nobles al firmar un escrito, anteponen los hombres la inicial del nombre de su esposa, y las mujeres la de sus maridos?

La costumbre observada por los Grandes de España y remedada por nobles de menor

categoría, de poner la inicial del nombre de su esposa los hombres, y la del marido las mujeres antes de su respectiva firma, tiene por origen una galantería introducida entre grandes señores en los últimos años de la edad media.

Solía tomar cada uno de los esposos una empresa ó blasón cuya inicial con la del otro, por ejemplo: elegía una *Mariposa* ó una *Manopla* el caballero cuya esposa se llamaba *Maria*, y esta adoptaba la de un *Capacete* ó un *Corazón* si su esposo se llamaba *Cárlos*. cuyas respectivas iniciales *M* y *C* corresponden á *Maria* y *Cárlos*, *Mariposa* y *Capacete* ó *Manopla* y *Corazón*.

Oviedo en sus *Quincuagenas* hablando de los Reyes Católicos dice:

Entre otras pequeñas pruebas del mútuo afecto que se profesaban Fernando é Isabel, puede mencionarse que no solo en la moneda pública, sino aun en sus efectos particulares, en los libros y otros artículos de su propiedad personal, se veían estampadas juntas las iniciales F Y ó bien el blasón de sus empresas que eran la del Rey un YUGO y la de la Reina un haz de FLECHAS.

Era común, dice el mismo autor, que cada uno tomase una empresa, cuya inicial correspondiera con la del nombre del otro, como sucedía en este caso con *Yugo* y *Flechas*.—*Ysabel* y *Fernando*.

Entonces, ó bien se estampaba la empresa por medio de un sello ó estamplla antes de la firma, ó bien se escribía la inicial de la misma empresa, que como hemos dicho era la del nombre del esposo ó esposa respectiva; y de aquí la costumbre observada hoy día por nuestros Grande y otros que quieren imitarlos.

*Es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja,
que entrar un rico en el reino de los cielos?*

Esta frase hiperbólica es de Jesucristo que se lee en el evangelio de San Mateo y en el de San Marcos (1).

Algunos intérpretes de la Biblia creen que esta proposición ha sido alterada por la substitución de una *e* con una *i* en la ortografía de la palabra que la *Vulgata* traduce *camello*, y que admitiendo su rectificación debiera traducirse *cable*, especie de maroma muy gruesa que se usa en la marina.

Más parece que los que así opinan se equivocaron, y lo justifica el que entre los antiguos judíos era ya muy familiar otra frase que se lee en el Talmud y dice: *Serás tú como los de Pumbedeta, que hacen pasar un elefante por el agujero de una aguja?* (2).

De este modo únicamente resulta el cambio del elefante con el camello, y es probable, como observa Torres Amat, que los judíos que tenían más á la vista los camellos, usasen del nombre de éste animal cuya joroba extraordinaria es un impedimento claro para poder pasar por un lugar angosto.

El P. Scio dice: Algunos hallando más proporcionada comparación, entienden por la voz *CAMELUS*, el cable ó maroma con que se atan las áncoras de los navíos porque esto es lo que también significa su nombre griego.

Otros creen que Jesús alude en esta proposición á una puerta de Jerusalén llamada *El agujero de una aguja*, por la cual no podía entrar un camello en pié, sino de rodillas, y dejada aun la carga que llevaba; y que del mismo modo los ricos no podrían entrar por la puerta estrecha que conduce á la vida eterna, ó al cielo, sino depuesta la carga de las riquezas, etc. etc.

Qué origen tiene la frase El rey reina y no gobierna?

Esta expresión la soltó el primero M. Thiers en la tribuna nacional de Francia, y los periódicos la comentaron por mucho tiempo; los unos rebatiéndola como una heregia política, y los otros haciéndola prevalecer como uno de los principios fundamentales del gobierno representativo.

Fué en general considerada esta proposición como un resumen de la doctrina gubernamental del parlamento inglés, y también como una reminiscencia del abate Sieyes, cuando

(1) Mat. cap. XIX, v. 24. — Marcos cap. X, v. 25. — *Facilius est camelum per foramen acus transire, quam divitem intrare in regnum celorum, vel Dei.*

(2) El *Talmud*, nombre hebreo que significa *instrucción ó doctrina*, de un libro que compusieron los judíos después de su dispersión, consecuente á la destrucción de Jerusalén. Contiene la ley oral, la doctrina, la moral, las ceremonias y las tradiciones del pueblo hebreo. Es obra en la que trabajaron una multitud de rabinos ó doctores judíos.

